



V

Jack con su Madre.

Es una mañana de verano, en Menilmontant, en el cuartito de la calle de Panoyaux. El vendedor ambulante y su compañero están ya levantados, aunque apenas despunta el día. El uno va y viene, con paso torpe, haciendo el menor ruido posible; arregla, barre, cepilla el calzado, y causa maravilla el ver cómo ese ser de aspecto torpón, es diestro, ligero; está atento en no molestar á su valiente compañero, ya sentado de-



lante de la ventana abierta, bajo un cielo alegre y vivo de una mañana de Junio, un cielo de un azul claro, teñido de rosa, en el que se recortan las mil chimeneas de aquel patio de suburbio. Cuando alza Jack la vista de sobre su libro, ve delante de él el techo de cinc de una gran fábrica de metalurgia. Dentro de un rato, cuando dé de lleno el sol, será ese un espejo terrible, de una reverberación insoportable.

En este momento, refléjase la luz naciente en tintas vagas y suaves, de tal suerte, que la alta chimenea puesta en medio de la manzana, consolidada por largas cuerdas, que van á juntarse con los techos vecinos, seméjase al mástil de algún buque que surca aguas relucientes y espesas.

Abajo, los gallos cantan en esos gallineros que los comerciantes de los suburbios instalan en un rincón de jardincillo ó bajo un cobertizo. Ningún otro ruido hasta las cinco. De repente se oye un grito:

—“¡Señora Jacob, señora Mathieu, el pan!”

Es la vecina de Jack, que principia su jira. Lleno su delantal de panes de todos tamaños, calentitos aún y despidiendo buen olor, recorre los pasillos, las escaleras, y en el ángulo de las puertas, en donde están colgadas las latas para la leche, coloca ella el pan muy derechito llamando por su nombre á sus parroquianas, á quienes sirve de despertador; pues en el arrabal, siempre es ella la que primero se levanta.

Es el grito de la vida, el llamamiento elocuente é irresistible. Ahí está el sostén del día, el pan tan duro de ganar, el que da la alegría á la casa y anima la mesa. Hay que echarlo en el saquito del padre, en el cestito de la niña al irse á la escuela; es preciso para el café

de por la mañana y para la sopa de por la noche.

—“¡Aquí está el pan! ¡Aquí está el pan!”

Las señales del palo crujen bajo el largo cuchillo de la repartidora. Una mella más, otra deuda, y horas de trabajo, comprometidas antes de llevarse á cabo. ¡No importa! Ningún momento del día aporta las emociones de éste. Es el despertar con su inmediato apetito su instinto animal; el abrirse la boca al mismo tiempo que los ojos. Así es que, con el llamamiento de la señora Weber, que sube, que baja, y á la que puede seguirse en todos los pisos, despiértase la casa, ábrense las puertas, óyense ruidos alegres en las escaleras, lanzan los niños ruidos de triunfo y vuelven á sus casas llevando en sus brazos un pan más grande que ellos, con ese movimiento de avaro, abrazando un tesoro que notaréis en todos los pobres infelices que salen de una panadería, y que da una idea bien exacta de lo que es el pan.

Pronto está levantado todo el mundo. Enfrente de Jack, del otro lado de la fábrica, entreábranse ventanas, muchas ventanas, todas aquellas en las que se nota luz por la noche y que descubren ahora el misterio de aquella laboriosa pobreza. En una de ellas viene á sentarse con rostro triste una mujer, y principia á coser á máquina, ayudada por su nena, que le va dando uno á uno los pedazos de tela. En otra de ellas, una joven, ya peinada, sin duda alguna empleada de tienda, se inclina para cortar el pan de su pobre almuerzo, por no echar migajas de pan en su cuarto, barrido desde el amanecer. Más lejos, la ventana de una buhardilla, en la que está colgado un espejo, y que en cuanto sale el sol se guarece con una gran cortina encarnada para evitar la terrible reverberación del cinc. Todos estos



cuartos de pobres dan á la parte de atrás de una enorme casa, á ese lado por donde se vierten las aguas sucias, en donde se notan las resquebrajaduras de la construcción, los canalones y los tubos de chimenea. Aquello es negro, feo. Pero no por eso se entristece el estudiante. Sólo una cosa le conmueve; es oír la voz de una vieja, diciendo cada día y con el mismo tonillo, en medio del aire puro de la mañana, exenta de los ruidos de la calle, esta frase siempre igual y triste: como un quejido: "¡Los que están en el campo, con un tiempo tan hermoso, deben ser muy felices!" ¿A quién le dice eso la pobre vieja? A nadie y á todo el mundo; á ella misma, quizás al **jilguero**, cuya jaula llena de hojas verdes, cuelga ella de la persiana, quizás á las macetas de su ventana. Jack es de su parecer, y de buena gana formularía con ella su queja; pues su primer pensamiento va siempre, valiente y tierno, hacia una tranquila callejuela de pueblo, hacia la puertecilla verde en donde se hallan estas palabras sobre una placa de metal: "Para llamar al médico." Y mientras está ahí, soñando, olvidando un minuto su pesada tarea, óyese en el pasillo el roce de un vestido de seda, y la llave atormenta la cerradura.

—¡A la derecha!, dice Belisario que va á hacer el café.

La llave gira á la izquierda.

—¡A la derecha!

La llave gira más á la izquierda cada vez. El vendedor ambulante, impacientado, va á abrir con su cafetera en la mano, y Carlota se precipita en el cuarto. Belisario, estupefacto por aquella invasión de volantes, de plumas, de encajes, hace grandes reverencias y se mue-

ve mucho mientras la madre de Jack, quien no reconoce al ser barbudo y mal peinado que está delante de ella, se excusa y retrocede hacia la puerta:

—¡Usted dispense, caballero!... Me equivocaba.

Al oír aquella voz, alza Jack la cabeza y se abalanza:

—No, madre... no te equivocas.

—¡Ah, mi Jack, mi Jack!

Y salta á su cuello, refugiándose en sus brazos.

—¡Sálvame, Jack, defiéndeme!... ¡Ese hombre ese miserable á quien todo he dado, todo sacrificado, mi vida y la de mi hijo!... Me ha pegado, sí, acaba de pegarme... Esta mañana, al volver él á casa, después de dos noches pasadas fuera, he querido hacerle algunas observaciones. Era mi derecho, me parece... Entonces el miserable se ha puesto furioso, y ha levantado la mano sobre mí, sobre mí...

El final de su frase se pierde en una explosión de lágrimas, de sollozos acerbos. En cuanto oyó las primeras palabras de aquella desgraciada mujer, retiróse discretamente Belisario, cerrando la puerta ante aquella escena de familia.

Jack, de pie delante de su madre, la mira, lleno de terror y de piedad. ¡Qué cambiada está, qué pálida! En la juventud del día y el sol que inunda el cuartito, las señales del tiempo aparecen más profundas sobre su cara, y cabellos blancos, que no se ha cuidado ella de ocultar, brillan sobre sus sienas, ya algo desguarnecidas. Sin secar sus lágrimas, habla Carlota rápidamente, contando sus quejas contra el hombre á quien acaba de dejar, sin orden, al azar, pues son tantas las palabras que se agolpan sobre sus labios, que la hacen tartamudear:

—¡Oh, cuánto he padecido, Jack mío desde hace diez



años! ¡Cómo me ha herido y desgarrado!... Te digo que es un monstruo... Pasa su vida en el café, en cervecerías donde hay mujeres. Allí es donde escriben ahora el periódico. ¡Así sale él!... ¡El último número era de una imbecilidad!... Y has de saber que, cuando fué á Indret para llevar el dinero, también estaba allí, en el pueblo, enfrente y tenía mucha gana de verte. Pero el señor no quiso. ¡Te parece á tí si hay que ser malo! ¡Si supieras cuánto te detesta porque no lo necesitas! Eso es lo que no te perdona. ¡Y poco que nos reprochaba el pan que comías tú en su casa!

¡Es de una avaricia!... ¡Quieres que te diga otra cosa que ha hecho? Nunca hubiera querido decírtelo: pero hoy todo desborda. Pues, mira: tenía yo diez mil francos para tí, diez mil francos que "Buen Amigo" me dió para tí cuando sucedió eso de Indret. ¡Pues los ha metido él en eso de la "Revista;" sí, hijo mío, en su "Revista!"... ¡Oh! De sobra sé que pensaba hacerles producir grandes intereses; pero los diez mil francos se han perdido como tantos otros; y cuando le pregunté si lo tendría en cuenta, pues en tu situación te sería muy útil ese dinero, ¿sabes lo que ha hecho? Ha escrito una larga lista de todo lo que ha gastado para tí cuando estabas en casa de Roudic. Y asciende la cantidad á quince mil francos. Pero añadió que no me pide lo restante. ¡Vamos, que es generoso!... Yo, sin embargo, todo lo sufrí: sus injusticias sus maldades las furias que le daban tratándose de tí, la manera indigna con que hablaba, entre sus amigos, de ese asunto de Indret como si tu inocencia no hubiese sido reconocida y proclamada; pues hasta eso sufría yo, porque todo lo que podían decir no me impedía amarte,

pensar en tí cien veces al día. ¡Pero dejarme dos noches seguidas en medio de todos los tormentos de la indecisión, de los celos; preferir no sé qué chica de teatro, qué mujer perdida del arrabal San Germán (pues parece ser que están todas locas detrás de él, esas condesas), acoger mis reproches con aires desdeñosos, en cogiéndose de hombros; y en un acceso de cólera atreverse á pegarme, á mí, á mí, Ida de Barancy! Eso ya es demasiado para mi orgullo para mi amor propio. Me vestí, me puse mi sombrero y me planté delante de él diciéndole:

"Míreme usted bien, Sr. D'Argenton: es la última vez que usted me verá. Le dejo; me voy con mi hijo deseándole á usted halle otra Carlota. Yo ya estoy harta." Entonces me marché, y aquí estoy.

Escuchóla Jack hasta el final sin interrumpirla, palideciendo únicamente á cada revelación de infamia, tan avergonzado por lo que ella contaba, que no se atrevía á mirarla. Cuando hubo acabado, cogióle la mano, y con mucha dulzura, con mucho cariño pero también con mucha gravedad, le dijo:

—Te doy las gracias por haber venido madre... Sólo un cosa faltaba á mi felicidad; á la dignidad de mi vida; eras tú. Ahora ya estás aquí, eres mía; te poseo, y es cuanto podía desear. Sólo que ten cuidado, no te dejaré marcharte otra vez.

—¡Marcharme yo! ¡Volver al lado de ese hombre!... ¡No, mi Jack! Contigo, siempre contigo, nada más que los dos... Recordarás lo que te dije, que llegaría un día en que necesitaría de tí. Y ese día ha llegado, te lo juro.

Bajo las caricias de su hijo, disipábase poco á poco



su emoción, alejándose con grandes suspiros, como los de los niños que han llorado mucho. "Ya verás, Jack mío, qué hermosa vida vamos á llevar; porque te debo muchos cuidados y ternuras; voy á pagarte, pierde cuidado. ¡Si supieras qué libre estoy, cómo respiro! Mira, bien estrecho es tu cuarto, bien desnudo está, bien feo: es una perrera. Pues bien, desde que estoy aquí, me parece que he entrado en un paraíso."

Aquella apreciación, algo ligera, de su cuarto, que él y Belisario hallaban magnífico, dió á Jack ciertas inquietudes para el porvenir; pero no pudo fijarse en él un minuto. Quedábale apenas media hora antes de ir al taller, y era preciso instalar y decidir tantas cosas, que no sabía por dónde principiar. Fué primero á consultar al vendedor ambulante, quien continuaba recorriendo pacientemente el pasillo, y que hasta por la noche hubiera estado así, sin ocurrírsele una vez el ir á ver si había terminado ya la explicación.

—Esto me sucede, Belisario. Mi madre se viene á vivir conmigo. ¿Cómo vamos á arreglarnos?

Estremecióse Belisario, ocurriéndosele en seguida: "Ya no podrá ser el compañero. Ya quedó diferido otra vez el matrimonio." Pero nada dijo, y no pensó más que en ver de sacar del apuro á su amigo. Quedó convenido que, siendo el cuarto de ellos lo mejorcito que en el descansillo había, Jack lo ocuparía con su madre, que pondría el vendedor ambulante sus gorrás y sus sombreros en el cuarto de la seora Weber y que él buscaría una habitación en la casa.

—No es nada, no es nada... decía el pobre hombre, tratando de tomar un aire resuelto. Entraron, y Jack presentó á Belisario á su madre el cual recordaba aho-

ra la hermosa señora de Aulnettes, y se puso, para aquel día de instalación al servicio de Ida de Barancy, pues ya no se trataba de Carlota. Tratábase de alquilar una cama, dos sillas, un lavabo; y cogió Jack en un cajón, en donde guardaba sus economías, tres ó cuatro luises que entregó á su madre.

—Mira, mamá, si te aburre la cocina, la señora de Weber, cuando vuelva, se ocupara de la comida.

—No por cierto. Eso es cosa mía. Unicamente rogaré al señor Belisario que me indique las tiendas en donde suele comprar. Quiero no molestar en nada. ¡Ya verás qué comidita te preparo puesto que estás tan lejos que no puedes venir á almorzar! Todo estará dispuesto para cuando vuelvas.

Y ya había dejado el chal y se había preparado para ponerse á trabajar. Contentísimo estaba Jack al verla tan resuelta. Abrazóla de todo corazón y se fué con más alegría que nunca. Con qué ánimo trabajó aquel día, pensando en las muchas obligaciones que sobre él pesaban!; Hábiale preocupado tantas veces la situación precaria de su madre, desde sus proyectos de matrimonio! Este pensamiento le estropeaba sus alegrías, sus esperanzas.

¿Hasta dónde la haría descender aquel hombre? ¿A qué estaba destinada?

Avergonzábase á veces al dar por suegra á su querida Cecilia á aquella mujer de vida tan disipada, que otros que su hijo quizás tacharía de despreciable. En adelante, todo cambiaba. Ida, reconquistada, protegida por el amor más atento, más tierno, iba á ser digna de aquella á quien un día llamaría ella "mi hija" Parecíale á Jack que, sólo por aquel acontecimiento,



disminuía la distancia entre su novia y él; y en su alegría manejaba él el pesado balancín de la fábrica Eyssendeek con tal ánimo, que lo notaron sus compañeros.

—Mira allí arriba al Aristo, qué contento parece estar! . . . . Según parece, andan bien tus negocios con tu buena moza, ¡eh! aristócrata.

—¡Hombre! . . . . Verdad que sí, decía Jack riéndose.

Durante todo el día, no hizo sino reirse. Pero después del trabajo, mientras subía la calle Oberkampf, tuvo miedo.

¿Iba á hallar en su cuarto á aquélla que tan precipitadamente entró en él? Sabía con qué prontitud ponía le Ida alas á todos sus caprichos; y luego, la pasión degradante que tuvo siempre aquella criatura por su cadena, hacía le temer que hubiese cedido á la tentación de reanudarla después de haberla roto. Así es que salvó pronto la distancia; pero ya desde la escalera cesó su temor.

Entre los ruidos de aquella casa obrera, oíase una voz fresca, una voz sonora, que Jack conoció muy bien.

Al primer paso que dió en su "perrera," detúvose estupefacto. Limpia de cabo á rabo, libre de la mercancía de Belisario, adornada con una hermosa cama y con un lavabo, alquilados por Ida, el cuarto parecía agrandado, transformado. Ramilletitos comprados á las floristas ambulantes, adornaban todos los rincones; y una mesa ya servida ostentaba sus alegrías de mantelería limpia y de vajilla común, cargada de un hermoso pastel y de dos botellas de vino lacrado. La misma Ida apenas si se

reconocía, con enagua bordada, chambra clara, una gorrilla echada sobre su lindo peinado, y, por encima de todo, la alegría de una fisonomía de mujer bonita, consolada, descansada, charlando como un pajarillo.

—¡Vamos! ¿Qué dices de todo esto? gritó ella, corriendo hacia su encuentro con los brazos abiertos.

Jack la abrazó.

—¿Te parece á ti que he tardado en arreglar todo esto? Hay que decir que Bel me ha ayudado mucho. . . . ¡Qué muchacho tan complaciente!

—¿Quién? ¿Belisario?

—Pues claro, mi amigo Bel, y la señora Weber también.

—¡Hola, hola! Veo que ya sois grandes amigos.

—¡Pues ya lo creo! ¡Son tan cariñosos, tan atentos! Los he convidado á comer con nosotros.

—¡Demonio! . . . ¿Y la vajilla?

—Ya ves he comprado algo de eso, muy poco. El matrimonio de al lado me ha prestado algunos cubiertos. También son muy complacientes esos Levindré.

Jack, que ignoraba la existencia de vecinos tan amables, abrió los ojos, extrañado.

—Y no es eso sólo, mi Jack. . . No has visto este pastel. He ido á comprarlo á la plaza de la Bolsa, en un sitio que yo conozco, donde los dan sententa y cinco céntimos más baratos que en las demás tiendas. Eso sí, está lejos; y al volver estaba ya muerta de cansancio, y tanto, que tuve que tomar un coche.

Esa era Carlota. ¡Dos pesetas en coche para economizar tres reales! Por lo demás, bien se veía que conocía ella las mejores tiendas. Los panecillos eran de la tahona vienesa, y el café y el postre del Palais-Royal.



Jack-la escuchaba con estúpido. Notólo ella, y preguntó cándidamente:

—Quizás haya gastado demasiado?

—¡No, mamá!...

—Sí, sí; bien lo veo en tu cara. Pero ¡qué quieres!... aquí faltaban muchas cosas; y además; no todos los días vivimos juntos. Y ya verás si vengo dispuesta á ser razonable....

Y sacó de la cómoda un largo cuaderno verde, que agitó con ademán triunfal.

—Mira ese hermoso libro de apuntes que he comprado en casa de la señora Leveque.

—¡Leveque. Levindre!... Por lo visto, ya conoces á toda la gente del barrio....

—¡Ya lo creo! Leveque, el librero de al lado. Una buena anciana, que tiene, además, gabinete de lectura. Es muy cómoda, porque, ya ves, hay que seguir el movimiento literario.... Mientras tanto, he subido un cuaderno para apuntar los gastos. Esto, hijo mío, era indispensable. En una casa ordenada no se puede dar un paso sin esto. Esta noche, después de comer, haremos, si gustas, nuestro arqueo. Mira: todo está escrito.

—Entonces, si todo está escrito....

Interrumpióles la llegada de Belisario, de la señora Weber, y del niño de cabeza gorda. Nada más cómico que la familiaridad portectora con que hablaba Ida de Barancy á sus nuevos amigos.

—Diga usted, amiguito Bel, sin que sea esto mandarle.... Señora Weber, cierre usted la puerta, que ha estornudado el niño.

Y grandes aires, una dignidad de reina amable, ma-

neras condescendientes de tratar á aquellas pobres gentes procurando ponerlas á sus anchas. A sus anchas, pues ya lo estaba la señora Weber. Era una buena mujer, que no se intimidaba, pues tenía conciencia de su oficio modesto, pero muy útil, y del vigor de sus brazos. Y tampoco parecía corto de genio el joven Weber, atracándose de corteza de pastel. El único que estaba poco animado era Belisario, y sus razones tenía. Creerse á quince días de la felicidad, estar á punto de tocar la dicha y ver alejarse todo en el "quizás" del porvenir, francamente eso es terrible. Volvía de cuando en cuando una mirada lamentosa hacia la señora Weber, que parecía soportar con bastante tranquilidad aquella pérdida del compañero, ó hacia Jack, contentísimo, ocupándose en servir á su madre con atenciones de enamorado.

¡Con cuánta razón puede decirse que los acontecimientos de este mundo son como esos columpios que arman los chiquillos en una viga, y que no alzan á uno de los jugadores sin hacerle sentir al otro todas las durezas, todas las asperezas del suelo! Jack subía hacia la luz, mientras bajaba su pobre compañero, con todos sus ensueños, hacia la implacable realidad. Para principiar, él que también se hallaba en su cuarto, que tan orgulloso estaba de su habitación, iba á vivir, desde aquel momento en una especie de hoyo abierto en la pared, y ventilado únicamente por un ventanillo. No había más cuarto desocupado en todo el piso, y por nada del mundo se habría alejado Belisario de la señora Weber la distancia de diez metros. Aquel ser llamábase Belisario; pero también se llamaba Resignación, Bondad, Abnegación, Paciencia. Tenía muchos nombres muy nobles, que no añadía al suyo, de los que no se vanagloriaba



nunca, pero que adivinaban fácilmente los que vivían con él.

Una vez que se marcharon con los convidados, cuando quedaron solos Jack y su madre, extrañóle mucho a ella verle quitar en seguida el mantel y poner encima de la mesa gruesos libros de estudio.

—¿Qué vas á hacer?

—Pues, ya ves, voy á trabajar.

—¿En qué?

—Es verdad... No sabes nada aún.

Y le dijo entonces el secreto de su corazón, la doble vida que hacía y la espléndida esperanza que le estimulaba. Hasta entonces, nunca le había dicho Jack nada á su madre. Demasiado conocía él aquella cabeza destornillada, llena de hendeduras, para que se atreviera á confiarle sus proyectos de felicidad. Temía Jack demasiado el que fuera ella á contárselo toda á D'Argenton; y el pensar que su ensueño de amor sería profanado en aquella casa, en donde no veía más que odios hacia su persona, causábale espanto, le irritaba. Desconfiaba del poeta, de su camarilla, y parecíale que corría riesgo su felicidad en semejantes manos.

Pero, ahora que había vuelto á él su madre, ahora que la poseía ya, por fin, sola é independiente, podía hablarle de Cecilia, concederse esa alegría suprema.

Jack contó, pues, su amor con la embriaguez, el ardor de sus hermosos veinte años, la elocuencia que hablaba en la sinceridad de su palabra y en esa madurez de impresiones, fruto de antiguos sufrimientos. ¡Ay! Su madre no le comprendía. No comprendía ella cuánto había de grande, de serio, en el cariño de aquel desheredado.

Aunque muy sentimental, no tenía el amor la misma significación en ella que en él. Al escucharle, estaba Ida conmovida como en un tercer acto de melodrama, cuando la dama joven, vestida de blanco, escucha la declaración del galán, recién rizadito y con americana nueva. Estaba contentísima, muy emocionada, dulcemente cósmulleada por aquella cándida pasión que la hacía sonreír. “¡Oh, qué mono, qué mono! repetía ella sin cesar. ¡Qué monos vais á estar los dos! Eso me recuerda á Pablo y Virginia.” Pero lo que más le llamaba la atención era lo imprevisto, lo complicado lo anormal de aquella historia de Cecilia. Interrumpía á Jack á cada momento: “Eso es una novela, una verdadera novela....”

Y fué soltando expresiones raras, especiales, restos del medio intelectual en que había vivido. Pero Jack no oía, en aquellas contestaciones, sino el eco de su propia palabra. Saboreaba Jack todos aquellos buenos recuerdos, sus angustias pasadas, sus proyectos, sus ensueños, sin oír las tontas interrupciones de su madre, sin notar que, para ella, resumíase toda aquella historia en una impresión sin importancia, como un estribillo de romanza, y un tanto apiadada de las tontas candideces de dos enamoradillos tan inocentes.







“¡Champagne... Champagne!...” Alzábanse las copas á su paso.



VI

La Boda de Belisario.

Hacia apenas ocho días que vivía Jack con su madre, cuando una tarde fué Belisario á esperarle á la salida del taller, con cara de júbilo.

—Estoy muy contento, Jack. Tenemos por fin un compañero. La señora Weber lo ha visto y le gusta. Es cosa hecha. Vamos á casarnos.

Ya era tiempo. El desgraciado adelgazaba, sobre todo, viendo que pasaba el verano, y que la llegada de los limpiachimeneas y las castañeras aplazaría aún su felicidad, pues para aquel vendedor ambulante estaban las